

LA FERTULIA.

Suplemento al Nacional, de literatura y de artes.



10 CTS.

DOMINGO 18 DE ENERO DE 1852.



Un diletanti singular.

Ha ocurrido en Baviera un caso que presenta pocos ejemplos, no obstante que su posibilidad haya sido reconocida por algunos fisiólogos.

El baron de Groll, rico propietario de Nuremberg, habia declarado á la música un odio profundo, encarnizado, implacable, cosa rara en Alemania. En vano la baronesa, excelente música, en vano parientes y amigos se esforzaban en vencer esta inconcebible antipatia, el baron permanecia sordo á todos los argumentos y á todos los hechizos de la música.

Ningun choque resultaba de esta desproporcion de gustos entre los dos esposos. En los dias de recepcion, el baron hacia los honores de su casa con una amabilidad encantadora. Pero tan luego como se dejaba oir la música, se apoderaba de él una grande inquietud: sus facciones se contraian, y con frecuencia se salia del salon para evitar á los asistentes la vista de las impresiones que no era dueño de contener.

¿De dónde procedia esta singular disposicion de las facultades auditivas? ¿Era el resultado de alguna causa fisica? Si: era una enfermedad de las mas curiosas; de las mas raras: una verdadera escentricidad orgánica affligia al baron de Groll.

A fuerza de preguntarle por el origen de las sensaciones que le hacia experimentar la voz de un cantor ó el sonido de un instrumento, el doctor Schroeder llegó á descubrir la causa de tan estraña antipatia. El sistema auditivo del baron estaba enteramente desorganizado.

No hay que reirse de esto; la fisiologia humana tiene tambien sus caprichos, como cualquiera muger hermosa. Los dos oidos del baron de Groll no están á un mismo diapason; ambos son diferentemente heridos por la vibracion de la armonia, y solo transmiten al cérebro una sensacion confusa, oscura, cacofónica, como la producida por dos instrumentos que no fuesen unisonos.

Cualquier melodia, desde la primera nota hasta la última, hace experimentar al baron la misma sensacion; todo para él es malo, intolerable, atroz. Júzguese, pues, si este infeliz debe ser apasionado de la música.

Un experimento muy sencillo ha confirmado las sospechas del doctor Schroeder.

—Tened á bien taparos un oido, dijo al baron.

Y en seguida abrió el piano, y se puso á tocar el gracioso alegre de la obertura del *Freyschutz* en *do mayor*.

—Y qué, le preguntó, ¿es malo esto?

—¡Oh, no, es delicioso! continuad.

—Ahora tapaos el otro oido.

Y el doctor volvió á comenzar el mismo motivo, siempre en *do mayor*.

—¿Y ahora?

—Esto es precioso; pero doctor, habeis cambiado de tono.

Y el baron tarareó la melodia en el *de re*.

—¡Eureka! exclamó el doctor.

De este modo se ha resuelto el problema de ese odio tan profundo del baron de Groll á toda especie de música. En Nuremberg no se habla mas que de este fenómeno.

Ignórase si los recursos del arte conseguirán restablecer en su estado normal los órganos desacertados del baron de Groll. Provisionalmente el doctor Schroeder le ha acon-

sejado un medio excelente para obviar el mal: medio sublime por su sencillez.

El baron se ha reconciliado completamente con la música, pero para gozar de sus encantos tiene que taparse un oído.

Improvisacion.

Tenemos el gusto de insertar á continuacion un soneto improvisado por el señor duque de Rivas, que publica el *Diario Mercantil* de Valencia. El mérito de esta composicion dedicada á la princesa de Asturias, consiste en ser de piés forzados que le dió el señor marqués de Molins. No puede menos de complacernos que los graves negocios del Estado no hayan robado á estos eminentes poetas la aficion á pulsar la lira, pues esto nos hace esperar que aun escribirán nuevas obras que ilustren el parnaso español.

Hé aqui el soneto:

Sin saber inocente que hay *mañana*,
Duerme en la régia cuna, albo *lucero*,
Qué ya Cupido con harpon *certero*
Nos ha inflamado en tu beldad *temprana*.

No solo glorias de la edad *lejana*
Homenaje á tus piés rinden *sincero*,
Qué fresca está la sangre en *Cenicero*,
Y viven los valientes de la *Habana*,

La mas hermosa flor que engendra *mayo*,
Rival de aquella que nació en la *espuma*,
Deidad eres del trono de *Pelayo*.

Tu nombre se alza en vaporosa *bruma*
Desde las altas crestas de *Moucayo*
Hasta la capital de *Moteczuma*.

Dice un periódico de la corte:

«Hemos tenido ocasion de ver la corona de brillantes que por encargo espreso de nuestra adorada Reina ha hecho el señor Navarro. Si la gran reputacion de este artifice no fuera tan universal, esta obra seria bastante para conquistársela. A un trabajo esquisito reúne un gusto elegante en la forma

y muy buena eleccion en las piedras, cuyo número asciendo próximamente á 3000, siendo algunas notables por su tamaño y hermosura. Toda la corona tiene de peso nueve onzas y media, y el mundo que la remata 40 quilates: el amazon es de plata para hacerla lo mas ligera posible, atendiendo al gran número de brillantes que se han empleado. Parece que S. M. la Reina desea estrenarla el día que vaya á la iglesia de Atocha á dar gracias al Todopoderoso por el nacimiento de la Princesa heredera.

De los sentidos.

EL OLFATO.

Este sentido pone á casi todos los animales en correspondencia con ciertas moléculas que se elevan continuamente de la superficie de los cuerpos, y á las que se dá el nombre de olores.

El olfato reside en una membrana llamada olfatoria ó pituitaria, que en los animales invertebrados está situado en la superficie de un órgano exterior y prominente. En los animales vertebrados, tales como el hombre y los cuadrúpedos, está situado en una cavidad en la parte anterior de la cabeza. Solamente entre los peces, que deben respirar agua, este hueco está aislado y no tiene mas que un orificio exterior, mientras que entre los que viven bajo la influencia del aire comunica con el aparato respiratorio.

En los últimos este órgano termina esteriormente por una parte protuberante llamada nariz, en la que los cartilagos forman varias revueltas que hacen que permanezcan en ellos largo tiempo las partículas odorantes.

La mayor parte de los animales poseen indudablemente un olfato mas fino que el del hombre. Los cuadrúpedos en general lo tienen tan perfecto que entre ellos este sentido descubre los objetos mucho tiempo antes que los ojos hayan podido divisarlos. No solamente tienen conocimiento con anticipacion de los cuerpos muy distantes, sino que tambien pueden distinguir las emanaciones producidas por estos cuerpos bastante tiem-

po despues de su paso. Buffon considera entre ellos este sentido como un ojo que vé los objetos no tan solo donde están sino donde quiera que han estado; como un órgano universal de sensacion por medio del cual son mas pronto y con mas frecuencia advertidos. Los cazadores saben que para sorprender á los javalies es preciso colocarse contra el viento á fin de evitar lleguen á ellos los efluvios, pues seria lo suficiente para hacerlos retroceder. Los lobos en algunas ocasiones, olfatean desde una legua los animales, tanto vivos como muertos: despues de las batallas se les ha visto llegar desde distancias considerables para desenterrar los muertos. El oso y el caballo están igualmente dotados de un olfato muy fino, pero con especialidad en el perro es en el que la perfeccion de este órgano causa mayor admiracion. «Sabida es, dice Buffon, la sagacidad con que desata los nudos del hilo tortuoso que puede ponerle en el camino de la pieza que persigue; parece que ve con el olfato todos los rodeos del laberinto en que el ciervo, al oir los ladridos, ha querido perderlo.» Un buen perro de caza descubre el rastro de una liebre tres ó cuatro horas despues de haber esta pasado, y tambien se citan varios casos de haberso vuelto buscando sus dueños desde distancias prodigiosas. Asimismo se ha atribuido á las aves mucha finura de olfato. Reliere Mr. De Humboldt que en el Perú, en Quito y en la provincia de Poyayan, cuando se quieren cazar los condors, se mata un caballo ó una vaca y se abandona en la mitad del campo, y muy pronto empiezan á llegar estas aves para devorar al animal muerto. Cuéntase que despues del combate en que César y Pompeyo se disputaron el imperio del mundo, los buitres del Asia descendieron al campo de batalla en Farsalia.

Lo que se dice de los cuervos son exageraciones enteramente ridiculas. Algunos escritores, y entre ellos Plinio, aseguran que los buitres y los cuervos tienen tan fino el olfato que adivinan con tres dias de anticipacion la muerte de un hombre, y que para no perder su presa llegan la víspera. Esta asercion es completamente absurda.

Cítanse varios hechos para probar que ciertos hombres gozan igualmente de gran

delicadeza de olfato. Woodward habla de una muger que conocia en el aire un olor sulfuruso y anunciaba las tempestades algunas horas antes. Se nos ha transmitido la historia de una jóven sorda y ciega para quien el olfato era un poderoso auxiliar del tacto. Frecuentemente iba al campo á coger flores sin otra guia que los perfumes que exhalaban las plantas. Si hemos de creer al caballero Digby, un niño que habia sido educado en una selva, en la que no se habia alimentado mas que de raices, conocia por el olfato cuando se aproximaban sus enemigos. Entregado despues á la vida comun perdió en gran parte esta sensibilidad olfatoria, aunque sin embargo, conservó la bastante para reconocer á su muger por la pista como un perro de caza á su dueño. Hay poblaciones cuyos habitantes gozan de la misma facultad. Diferentes viajeros aseguran que los salvajes de la América del Sud, los hurones, los mohicanos y en general todos los negros conocen venticando la huella del hombre y aun distinguen si es de un blanco ó de un negro.

Hoy dia se consideran generalmente los olores como particulas de los cuerpos; pero son estas particulas tan pequeñas y sutiles que no se han podido someter á ninguna investigacion. Un poco de almizelo ó ambar llevado á diferentes habitaciones, las llena en un instante del olor que desprenden, y esta emanacion se prolonga indefinidamente sin que el peso del cuerpo disminuya de una manera sensible, siendo necesario por lo tanto, que el órgano destinado á reconocerlas y apreciarlas esté dotado de gran poder y al mismo tiempo de suma delicadeza. Tambien la membrana pituitaria que entapiza las fosas nasales en donde hay gran número de circuitos, tiene un notable desarrollo.

Los olores egercen sobre la economía animal efectos tan prodigiosos como variados. Demasiado fuertes escitan el estornudo ó las lágrimas, algunas veces producen alegría, tristeza, buen humor, taciturnidad, sueño, insomnio, malestar ó un estado de taciturnidad el mas dulce. Se ha pretendido que tenían la propiedad nutritiva, pero los hechos que se refieren con este motivo nos parecen otros tantos cuentos absurdos.

Las emanaciones de las flores odoríferas,

sobre todo cuando están reconcentradas en una pequeña masa de aire, ejercen sobre los nervios una irritación que puede llegar á ser peligrosa. Así es que es una mala costumbre que se debe evitar, el conservar vasos ó jarros con flores inmediatos á los que duermen durante la noche. En 1779 se halló en Londres una muger muerta en su habitación, sin que se hubiese podido atribuir á este accidente otra causa que la proximidad de gran porción de azucenas. El olor de unas violetas produjo el mismo efecto en una jóven. El abuso de los perfumes da origen algunas veces á afecciones nerviosas y otras enfermedades; aunque no obstante, se debe desconfiar de esas narraciones de envenenamientos maravillosos producidos por medio de los olores. Necesario es dudar lo que se cuenta del emperador Enrique VI, que murió envenenado por haber hecho uso de unos guantes perfumados. La muerte de Juana de Albret, madre de Enrique IV, á la cual se dice que contribuyó el haberse puesto un cuello y unos guantes también perfumados, no es por cierto menos inverosímil: y por último al papa Clemente VII no ocasionó la muerte, como se ha pretendido, los vapores de una antorcha que se llevaba delante de él, sin que los que le rodeaban experimentasen ningún accidente.

Las emanaciones de algunas plantas producen, sin embargo, efectos peligrosos. En Creta el olor del anagiris ocasiona la cefalalgia. En Surinam la proximidad del manzanillo causa la muerte á los que se quedan dormidos bajo su ramaje.

En todos los casos es preciso distinguir la acción de los olores y la del ácido carbónico que se desprende ordinariamente de las plantas.

Los olores están muy lejos de producir efectos tan funestos, pues antes al contrario causan muchas sensaciones bastante agradables. Los antiguos buscábanlos con empeño y los ofrecían á los dioses, para inclinarnos á escuchar con benevolencia las súplicas que les hacían. Desde la mas remota antigüedad esta era una de las partes principales del culto. Delante de los altares en que brillaba el fuego sagrado, era donde los discípulos de Zoroastro hacían sus oraciones, y en los que sus sacerdotes ponían cinco veces al día ma-

deras perfumadas y olores.

La costumbre de quemar perfumes se ha conservado en nuestras iglesias. Los antiguos historiadores nos dicen que en el bautizo de Clovis se quemaron cirios perfumados. En la misma época la iglesia de Roma hacía de ellos tan gran uso, que tenía en Oriente tierras especialmente destinadas para su cultivo.

Sucede al olfato como á todos los otros actos que ponen en ejercicio la sensibilidad: esta facultad se amortigua por una serie de sensaciones demasiado vivas ó prolongadas; así que se acaba por habituarse á las emanaciones mas enérgicas cuando se permanece mucho tiempo bajo su influencia. El célebre mariscal de Richelieu habia hecho tal abuso de los perfumes bajo todas formas, que no sentía ya su acción, viviendo de continuo en una atmósfera tan cargada de partículas odoríferas, que todas las personas que entraban en su casa experimentaban gran dificultad para respirar.

Teatro Principal.

Rara semana pasa sin que haya alguna novedad en este colliseo; por esta parte no hay motivo para quejarse, sino para agradecer á la empresa que procura variar cuanto lo es posible las funciones, y si algunas no salen á medida y gusto de nuestros deseos, no es á aquella á quien debo en verdad culparse, sino á algunos de los cantantes, que han salido hueros á la empresa, como suelen salir los huevos cuando se compran sin partir. Así es que algunas preciosas óperas salen como Dios quiere, y sobre todo en aquellas en que toma parte el tenor señor Denti ya se sabe que son echadas á perder. En este caso se encuentra *El Elixir*, una de las óperas bufas mas lindas y que mas han agradado en Cadiz. Ese dichoso tenor,

que para oirlo sin sufrir es preciso tener las orejas del rey Midas, llevaba el peso principal de la ópera, y esto ya fué bastante para que todas las piezas mas lindas salieran destrozadas, sucediendo lo que en tales casos acontece, que aun los buenos cantantes parecen inferiores á lo que ellos son en sí. Así es que no encontraba el público á la misma señora Fodor á la altura que en la mayor parte de las otras óperas en que hemos tenido el gusto de oirla. Verdad es tambien que para estas óperas bufas no basta ser buena cantante, sino excelente cómica; y en honor de la verdad le falta mucho á la prima donna para merecer el nombre de excelente actriz. El mismo señor Donadio bajó un poco, como bufo, del puesto en que se habia colocado en *Los Espósitos*. No hay cosa que mas perjudique que las comparaciones, cuando se hacen con artistas de mas mérito. Esto es lo que le ha sucedido al señor Donadio en *El Elixir*, cuya ópera cantó en otro tiempo el distinguido Manconi, dejando en Cádiz gratísimos recuerdos. El barítono fué el que mejor llenó su parte, y el que por consiguiente agradó mas. Tal voz cuando canten esta ópera unas cuantas veces parezca menos mal la ejecucion, porque hasta ahora solo juzgamos por la primera representacion, que puede considerarse como un ensayo general. Si la empresa comprendiera su interés, no volveria á sacar á la escena al señor Denti, sino al señor Alzamora. ¿De qué modo tan distinto hubiera salido la ópera si este último se hubiera hecho cargo del papel de aquel tenor?

Gracias á Dios que la señora Bianchi se coró de su continua ronquera, y que se la puede oir sin desagrado. Y así nos lo hace creer la voz que sacó en el *Macbet* la noche

del miércoles, voz que habia estado escondida en todas las otras representaciones de esta misma ópera. Una prueba de lo que antes digimos acerca de ser bastante una parte para echar á perder una ópera, es lo que acabamos de ver en el *Macbet*. La señora Bianchi, por no estar antes en voz ó por hallarse ronca, habia hecho parecer fatal la ejecucion de toda la ópera; y ahora que ha estado en voz, no solo ha parecido otra la ópera, sino que encontrábamos muy mejorados á los demas cantantes. No sin razon fueron todos aplaudidos, especialmente la señora Bianchi, á quien llamaron ademas á la escena.

Círculo filarmónico.

Acaba de establecerse con este nombre una sociedad, de la que hacen parte multitud de personas principales de esta ciudad, y cuyo objeto ha sido celebrar una reunion semanal, en la cual ademas tocará la Sociedad filarmónica piezas de gran gusto, cantarán algunos aficionados, y bailarán los concurrentes que gusten toda clase de bailes, siguiéndose en estas diversiones el orden que de antemano habrá establecido el Círculo.

Sabemos positivamente que en un dia de esta semana tendrá lugar la primera reunion, la que á juzgar por el número y calidad de los abonados, promete estar concurridísima y animada, y proporcionar deliciosos ratos á cuantos de ella hayan querido hacer parte.

Felicítamos á las personas que han tenido la buena idea de establecer ese Círculo á donde las damas puedan concurrir, y sin las cuales falta la vida, la animacion y la

alegría en toda sociedad en que el hombre se proponga gozar.

Miscelánea.

RECUERDOS DE UNA NOCHE DE DICIEMBRE.

—Lleno de satisfacciones, con su puro de á seis en la boca, y haciendo con sus tacones un ruido de mil diablos, volvía á su casa noches pasadas un aspirante á hombre, mas reñidor que un gallo inglés y con mas queridas que diez Lovelaces juntos. De pronto siente una mano de plomo que le ase del gaban, vuélvese y hállase cara á cara con un embozado, que otro que él hubiera tomado por un académico de la cárcel de Villa, pero en quien nuestro héroe creyó reconocer la figura imponente de un acreedor, no sin motivo, porque en efecto, aquel hombre era su zapatero. El jóven rompió á sudar; por primera vez le faltaban las fuerzas para correr. El acreedor, al cabo de algunos segundos de un silencio teatral, tosió tres veces, escupió una, y con voz de *becerro*, que es voz zapatera por excelencia, habló así:

—Mocito, ¿sabe usted que me debe unas botas?

—Si señor; respondió el don Juan del siglo XIX.

—¿Es decir, que reconoce usted la deuda?

—¡Oh!

—Corriente, dijo el aparecido, y sacó una vara de dos cuartos. No se asuste usted añadió, viendo que el pollo Cid temblaba de piés á cabeza; no se trata de dinero, he ofrecido cobrarme en palos y jamás faltó á mi palabra.

—¡Ah!

—Le permito á usted quejarse, pero bajito. A mí nadie me da voces. Vamos, manos á la obra: tengo ya ganas de probar si es usted de tan buen material como las últimas botas que le hice.

Aun no había acabado de decir «manos á la obra» cuando un diluvio de palos empezó á lloviznar primero y á caer á torrentes des-

pues sobre las costillas del mancebo.

Hubo una pausa. El zapatero bajó el palo y exclamó con seriedad:

—¡Ni aunque fuera usted de suela!

El apaleado respiró. ¿Está usted satisfecho? preguntó con timidez aprovechando aquella clara.

—¡Mucho! respondió el benévolo acreedor; pero antes que se me olvide: conoce usted a una que llaman Petra..... delgadita..... mas baja que yo..... de luto.....

El don Juan bajó los ojos aterrado.

—Modista..... prosiguió el zapatero, ojos negros, buen talle.....

Nadie respondió.

—Pues ella bien le conoce á usted. Dice que es usted el hombre mas tonto..... Que no la deja usted á sol ni á sombra..... Yo, la verdad, la he prometido escarmentar á usted de modo que no vuelva á acercarse á ella en todos los dias de su vida. ¡Qué quiere usted! es mi novia.

Segunda paliza; el pollo bramaba: la vara se quebró por la mitad.

—No he concluido, dijo el apaleador; el otro día pasó usted por mi casa con unos amigos, dió á uno un empujon y me rompió un cristal. Si yo hubiera estado allí entonces, le hubiera roto á usted la crisma. Pero vamos á lo que importa; aquel cristal valia media paliza por lo menos.

Estas palabras fueron seguidas de seis valientes estacazos; cada estacazo de un gemido; cada gemido de un «aguantese usted,» digno de la crueldad del mismo Atila.

Después de esta media paliza, el verdugo se despidió de la víctima, la víctima apretó el paso. Pero al minuto volvió piés atrás el primero, diciendo: «Se me olvidaba, tenemos otra cuenta que ajustar los dos.»

El jóven entonces, sin esperar á mas razones, echó á correr como un gamo y no paró hasta su casa.

Desde aquella noche no se ha separado el médico de su cabecera. ¡Hoy hace quince dias que sucedió este pesado lance!

ANECDOTAS.—Carlos IX rey de Francia, era muy aficionado á matar á los animales y empaparse luego las manos en su sangre:

tenia un placer en cortar la cabeza á los asnos que encontraba por el campo. Un dia quiso cortarla, segun su costumbre, á un hermoso muleto que pertenecia á uno de sus favoritos llamado Lamsac. Este pidió gracia para su pobre animal, y la obtuvo por estas osadas palabras: Señor ¿qué cuestion ha habido entre V. M. y mi muleto?

ESTRATAGEMA SINGULAR DE COLON.—En 1504 hizo este célebre marino un desembarco en Jamaica, donde queria formar un establecimiento, y como los insulares se alejaban de la orilla y dejaban á los castellanos sin provisiones de boca, se valió con el mejor éxito, del siguiente efugio.

Debía verificarse muy en breve un eclipse de luna. Mandó Colon á decir á los jefes de los pueblos vecinos que tenia que comunicarles noticias muy importantes. Despues de las mas severas reprimendas, por su dureza y crueldad, les dijo con un tono de profeta: muy pronto sereis castigados con el mayor rigor: el Dios omnipotente de los españoles, que yo adoro, va á descargar su cólera contra vosotros: en prueba de esto que os digo, vais á ver esta noche la luna enrojarse, despues irse oscureciendo hasta llegar á negaros su luz. Esto no será sino el preludio de vuestros infortunios si dejais de aprovecharos del aviso que os doy.

El eclipse empezó en efecto algunas horas despues. La afliccion entro los salvages fué estromada. Se prosternaron á los piés de Colon, y lo juraron que no le harian faltar de nada. Este hombre hábil se manifestó conmovido, se encerró como para calmar la cólera celeste, se presentó al poco tiempo anunciando que ya Dios se habia apaciguado, y que la luna iba á volver á aparecer. Los bárbaros quedaron persuadidos de que el estrangero disponia á su placer

de toda la naturaleza, y no le dejaron en lo sucesivo nada que desear.

Cierto criado de Federico II, se presentó un dia á servirle con un magnífico vestido color de carne, creyendo que con aquellos adornos iba á hacer mucho efecto. El rey fingió no reparar en él, y el criado salió cabizbajo, y volvió poco despues con un traje modesto. Entonces le dijo Federico con afabilidad.—Dime ¿quién es ese fatuo que se ha presentado en Sans-souci con vestido color de carne?

—Federico trataba á sus criados con mucha consideracion y dulzura. En su última enfermedad despertó de noche, llamó al criado que velaba en la antecámara, y le preguntó qué hora era. Respondióle que eran las dos. No puedo dormir mas, dijo el rey; mira si mis criados están despiertos, pero si duermen no los llames, porque deben estar muy cansados.

—Otra noche de las de su larga enfermedad, se despertó y dijo al criado.—No puedo dormir mas; cuéntame alguna cosa.—Señor, contestó el fiel servidor, ¿qué puede contar á V. M. un ignorante como yo?—De dónde eres? continuó el rey.—De la Pomerania baja. —Tienes padre y madre?—Solo tengo madre y es muy anciana.—¿Y de quo vive?—Hija, señor, y gana siete sueldos diarios.—No debe estar muy holgada; pero ¿tú la mandarás alguna cosa?—La mando algunos escudos cuando puedo juntarlos, pero esto sucede muy pocas veces.—Haces bien; eres bueno, y yo te buscaré alguna cosa si tienes juicio. —Pocos dias despues volvió á estar de guardia el pomeriano, y el rey le dijo.—Ves á aquella ventana, que allí he puesto algo para tí. Habia en efecto unos ciento cincuenta duros que el criado no se atrevia á tomar por completo hasta una nueva indicacion del soberano.—Tambien he enviado algo á tu madre, añadió Federico, y era la verdad; porque le habia señalado una pension de cien escudos.

—Hé aquí las palabras que Federico dirigió á Moscow, al nombrarle presidente de la Justicia.—Te he nombrado presidente, y es preciso que te conozca. Soy propiamente el primer comisario de la Justicia en mis

Estados, y debo cuidar de mantener en ellos el derecho y la equidad; pero no lo puedo hacer todo por mí mismo, y necesito hombres como tú para sostener el derecho de mis provincias. Debo dar unas grandes cuentas, pero es preciso que responda, no solamente de todo el mal que podría yo hacer, sino también de todo el bien que no hago; la misma obligación tienes. Es indispensable que juzgues con imparcialidad y sin escepcion de persona, tanto al príncipe y al caballero, como al artífice y al labrador. ¿Lo entiendes? Sin esto no seremos amigos. ¿Tienes hacienda?—No señor.—¿Has hecho propósito de comprarla?—No tengo fondos para tanto.—¡Buena! Sabes lo que es pobreza y eso te enseñara á defender á los pobres.

UN CIEGO Y EL ATOLONDRADO.—En una noche muy oscura, caminaba un ciego por las calles con una luz en la mano y un cántaro lleno en la otra: uno que pasaba por la misma calle, lo encontró y quedó no poco sorprendido de ver en manos de un ciego una lámpara. Acercóse pues, á él y le dijo: ¿de qué os sirve esta luz? ¿La noche y el día no son para vos una misma cosa?—A lo que contestó el ciego: no la llevo por mí, y si solo con el objeto de que los atolondrados como tú, vengan á dar contra mí y me hagan romper el cántaro.

EL PAGO DE UNA DEDICATORIA.—El papa Leon X recibió una obra de Alquimia, cuya epístola dedicatoria le iba dirigida. Abierto este libro vió que llevaba por título: *Verdadero procedimiento para hacer oro*; é inmediatamente mandó que trajesen una bolsa vacía, la que regaló al alquimista, diciéndolo: *pues que sabeis el verdadero procedimiento para hacer oro, ya no debe faltar mas que lugar donde ponerlo.*

Días pasados, á los postres de un banquete de calaveras, al cual habia asistido un caballero americano, muy conocido en los mejores círculos de la corte, y cuyo color y ensortijados cabellos van diciendo á tiro de ballesta el país de donde es oriundo, se le antojó á un mocito, concurrente habitual al café del Príncipe, y perito de todas bodas, divertirse á espensas del americano, preguntándole descaradamente:

—¿Qué era su padre de usted?

—Mulato, respondió secamente el americano.

—¿Y su abuelo?

—Negro.

—¿Y su bisabuelo?

—Mono.

—¡Hombre!

—Si señor; lo cual quiere decir que mi familia empezó por donde acaba la de usted.

Esta anécdota la hemos oído atribuir también á Alejandro Dumas.

CADIZ: 1852.

IMPRESA DE D. FRANCISCO PANTOJA,
calle del Laurel, n.º 129.